

he descrito. Volvieron á aparecer el café y las pipas con la profusion propia del Oriente, y pronto se llenó la estancia de una humareda tal, que no veíamos á lady Stanhope sino al trasluz de una atmósfera semejante á la atmósfera mágica de las evocaciones. Habló con la misma energía, con la misma gracia, la misma facundia; pero con infinitamente ménos énfasis y misterio que cuando estaba sola conmigo, sobre asuntos ménos sagrados para ella.—Supongo, me dijo de pronto, que es vd. aristócrata; no lo dudo al verle á vd.—Se engaña vd., milady, le respondí. No soy ni aristócrata, ni demócrata; he vivido bastante para ver las dos caras de la medalla del hombre, y para hallarlas tan vanas una como otra; no soy ni aristócrata, ni demócrata; soy hombre, y partidario esclusivo de todo lo que puede mejorar y perfeccionar al hombre todo entero, ya haya nacido en lo alto, ya al pié de la escala social! No estoy ni por el pueblo, ni por los grandes, sino por la humanidad entera, y no creo que exista ni en las instituciones aristocráticas, ni en las instituciones democráticas, la virtud esclusiva de perfeccionar á la humanidad; esa virtud no reside mas que en una moral divina, fruto de una religion perfecta! ¡La civilizacion de los pueblos es su fé!—Verdad es eso, me respondió; pero sin embargo yo soy aristócrata á pesar mio, y vd. convendrá en que, si hay vicios en la aristo-

cracia, á lo ménos hay al lado de ellos altas virtudes para rescatarlos y compensarlos, al paso que en la democracia veo los vicios, y los vicios mas bajos y envidiosos; pero busco en vano las altas virtudes.—No es eso, milady, le dije; por ambas partes hay vicios y virtudes, pero en las altas clases, hasta esos mismos vicios tienen un lado brillante; en la clase inferior, por el contrario, esos vicios se manifiestan en toda su desnudez, y hieren mas el sentimiento moral en la mirada que los contempla; la diferencia está en la apariencia, y no en el hecho;—pero en realidad de verdad, el mismo vicio es mas vicio en el hombre rico, elevado é instruido, que en el hombre sin luces y sin pan,—porque en uno el vicio es de eleccion, en el otro, de necesidad:—despreciémosle pues, donde quiera, y mas aún en la aristocracia viciosa; y no juzguemos á la humanidad por clases sino por hombres; los grandes tendrían los vicios del pueblo si fueran pueblo, y los pequeños tendrían los vicios de los grandes, si fueran grandes! La balanza es igual, no pesemos.—¡Bien! será así, me dijo, pero déjeme vd. creer que es vd. aristócrata como yo; me seria doloroso creerle á vd. del número de esos jóvenes franceses que levantan la espuma popular contra todas las ilustraciones que han hecho Dios, la naturaleza y la sociedad, y que derriban el edificio para formarse, con sus ruinas, un pedestal para su envidiosa bajeza!—No, le dije, tran-

quílcesé vd.; no soy de esos hombses; solo soy de los que no desprecian lo que esrá debajo de ellos en el órden social, aunque respetando siempre lo que está encima, pero cuyo deseo ó cuyo sueño seria llamar á todos los hombres, independientemente de su grado en las gerarquías arbitrarias de la política, à la misma luz, á la misma libertad y á la misma perfeccion moral! Y pues que vd. es religiosa, pues cree que Dios ama igualmente á todos sus hijos, y espera un segundo Mesías para enderezar todas las cosas, sin duda piensa vd. como ellos y como yo.—Sí, repuso; pero yo ya no me ocupo en política humana; ya he visto bastante, demasiado en los diez años que he pasado en el despacho de M. Pitt, mi tío, cuando todas las intrigas de Europa venian á resonar al rededor de mí;—jóven, he despreciado à la humanidad, y no quiero volver à oír hablar de ella: todo lo que hacen los hombres para los hombres es infructuoso, las formas me son indiferentes.—Y á mí tambien, le dije.—El fondo de las cosas es Dios y la virtud.—Esactamente, lo mismo pienso yo, le respondí, con que así no hablemos de ello, pues estamos de acuerdo.

Pasando á asuntos ménos graves, y bromeando sobre la especie de adivinacion que la hacia comprender á un hombre todo entero á la primera mirada y à la sola inspeccion de su estrella, puse su

sabiduría à prueba, y la consulté sobre dos ó tres viajeros conocidos míos, que en el discurso de quince años la habian visitado: admiróme la perfecta lucidez de su juicio sobre dos de aquellos hombres. Analizó entre otros, con una prodigiosa perspicacia de inteligencia, el carácter de uno de ellos, que yo conocia perfectamente, carácter difícil de comprender á primera vista, grande, pero velado bajo las mas seductoras apariencias de bondadosa vulgaridad; y lo que mas me sorprendió, y me hizo admirar mas la inflexible memoria de aquella muger, fué que aquel viajero no habia pasado mas que dos horas con ella, y que habian trascurrido diez y seis años entre la visita de aquel hombre y la cuenta que yo le pedia de la impresion que su vista habia producido en ella.—La soledad concentra y robustece todas las facultades del alma.—Los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas, lo han comprendido maravillosamente,—y á toda su naturaleza les hace buscar el desierto ó el aislamiento entre los hombres.

Como siempre, el nombre de Bonaparte ocurrió en la conversacion.—Yo creía, le dije, que su fanatismo de vd. por ese hombre pondria una barrera entre nosotros.—No he sido fanática, me respondió, mas que de sus desgracias y de compasion hácia él.—Y yo tambien, repliqué, de modo que tambien en eso estamos de acuerdo.

No podia yo esplicarme cómo una muger religiosa y moral adoraba la fuerza sola sin religion, sin moral y sin libertad! Bonaparte fué un gran reconstructor, sin duda; rehizo el mundo social, pero no se cuidó mucho de los elementos con que le recomponia; amasó su estatua con barro é interes personal, en vez de labrarla en los sentimientos divinos y morales, la virtud y la libertad!

Así se nos pasó la noche recorriendo libremente y sin afectacion por parte de lady Ester todos los asuntos que trae una palabra y se lleva en la conversacion á la ventura. Conocia yo que ninguna cuerda faltaba á aquella alta y firme inteligencia, y que todas las teclas del clave espedian un sonido entonado, fuerte y lleno,—escepto tal vez la cuerda metafisica, que un exceso de tension y soledad habia desentonado ó elevado á un diapason demasiado alto para la inteligencia mortal.—Sepáramonos con sincero sentimiento por mi parte y con muestras del mismo por la suya.

—Nada de despedida, me dijo, nos volverémos á ver muchas veces en este viage, y mas aún en otros viages que vd. no proyecta siquiera todavía. Vaya vd. á descansar y acuérdesse de que deja una amiga en las soledades del Líbano.—Presentóme su mano, yo puse la mia sobre mi corazon, á la manera de los árabes, y nos retiramos.

Al dia siguiente, á las cuatro de la madrugada, estábamos M. de Parseval y yo á caballo en la es

carpada pendiente que baja de su monasterio al profundo valle del torrente Belo; vadeamos sus aguas menguadas por los calores del verano, y empezamos á subir las altas montañas del Líbano, que separan á Djioun de Deir-el-Kammar, ó el convento de la Luna, palacio del emir Beschir, príncipe soberano de los drusos y de todas las montañas del Líbano. Lady Ester nos habia dado su médico para servirnos de dragoman, y uno de sus palafreneros árabes por guia.—Llegamos, al cabo de dos horas de camino, á un valle mas profundo, mas angosto y mas pintoresco que ninguno de cuantos habiamos ya recorrido. A derecha é izquierda se alzaban, como dos murallas perpendiculares, de tres á cuatrocientos piés de altura, dos cordilleras de montes, que parecian haber sido separadas recientemente una de otra por un martillazo del Hacedor de los mundos, ó acaso por el terremoto que sacudió el Líbano hasta en sus cimientos, cuando el Hijo del Hombre, entregando su alma á Dios, no léjos de aquellos mismos montes, ecshaló aquel último suspiro que ahuyentó el espíritu de error, de opresion y de mentira, y esparció la verdad, la libertad y la vida sobre un mundo renovado.—Los gigantescos peñones, desprendidos de las dos laderas de las montañas, membrados como guijarros por la mano de los niños, en el cauce de un arroyo, formaban el cauce horrible, profundo, inmenso, erizado, de aquel torrente

en seco; algunas de aquellas piedras formaban moles mas elevadas y mas largas que altas casas. Unas estaban colocadas á plomo como cubos sólidos y eternos; otras, suspendidas sobre sus ángulos y sostenidas por la presion de otras peñas invisibles, parecia que estaban cayendo aún, y que rodaban siempre, y presentaban la imágen de una ruina en accion, de una caída incesante, de un caos de piedras, de una inagotable avalancha de peñascos:—peñascos de color fúnebre, gris, negros, jaspeados de fuego y de blanco, opacos:—olas petrificadas de un rio de granito; ni una gota de agua en los profundos intersticios de aquel cauce calcinado por el sol ardiente de la Siria;—ni una yerba, ni un tallo, ni una planta rastrera en aquel abismo ni en sus erizadas laderas; era aquello un oceano de piedras, una catarata de peñascos, á la que parecian prestar el movimiento de la fluidez, la diversidad de sus formas, la variedad de sus accidentes, la estrañeza de sus caídas, el juego de las sombras ó de la luz sobre su superficie. Si el Dante hubiera querido pintar en uno de los círculos de su infierno el infierno de las piedras, el infierno de la aridez, de la ruina, de la caída de las cosas, de la degradacion de los mundos, de la caducidad de las edades, esta es la escena que hubiera debido copiar simplemente:—esto es un rio de las últimas horas del mundo; cuando el fuego lo habrá consumido todo, y la tierra, abriendo sus

entrañas, no será mas que un mutilado monton de piedras calcinadas bajo las pisadas del terrible Juez que vendrá á visitarla.

Seguimos aquel valle de las lamentaciones por espacio de dos horas, sin que variase la escena mas que por los diversos circuitos que seguia el torrente entre las montañas, y por el modo mas ó menos terrible, como se agrupaban los peñascos en su pedregoso cauce. Jamas ese valle se borrará de mi imaginacion. Esta tierra ha debido ser la primera, la tierra de las poesías terribles y de las lamentaciones humanas; el patético y grandioso acento de las profecías se hace sentir aquí en su agreste, patética y grandiosa naturaleza. Todas las imágenes de la poesía bíblica están grabadas en letras mayúsculas en la arada frente del Líbano, y en sus valles, animados todavía, y en sus valles mudos y muertos. El espíritu divino, la inspiracion sobrehumana que derramó su aliento en las almas y en las arpas del poético pueblo, á quien Dios hablaba por símbolos é imágenes, heria así mas reciamente los ojos de los bardos sagrados desde su infancia, y los amamantaba con una leche mas sustanciosa que á nosotros, viejos y pálidos herederos de la arpa antigua; á nosotros, que no tenemos á la vista mas que una naturaleza graciosa, suave y cultivada, naturaleza civilizada y descolorida como nosotros.

A medio dia llegamos á las mas altas montañas

que teníamos que atravesar, y empezamos á bajar por los mas escarpados senderos, donde los piés de de nuestros caballos temblaban sobre las piedras movedizas que era lo único que nos separaba de los precipicios. Despues de una hora de bajada, vimos al revolver una colina, el palacio fantástico de Uptedin, cerca de Deir-el-Kamar. Prorumpimos en un grito de sorpresa y admiracion, y por un movimiento involuntario, paramos nuestros caballos para contemplar la escena nueva, pintoresca, oriental, que se abria ante nuestras atónitas miradas.

A pocos pasos de nosotros, una inmensa superficie de agua espumante salia de la esclusa de un molino, y caía, desde una altura de cincuenta á sesenta piés, sobre peñascos, que la quebrantaban en mil ramales; el ruido de aquella cascada y la frescura que esparcia en el aire, y que venia á humedecer nuestras abrasadas frentes, preparaba deliciosamente nuestros sentidos á la admiracion de que disfrutaban con encanto.—Encima de aquella cascada que se perdía en los abismos, cuyo fondo no podíamos ver, se abria en forma de embudo un espacioso y profundo valle, cultivado desde el pié hasta la cima, lleno de moreras, de viñas y de higueras, y cuyo suelo estaba todo alfombrado de la mas fresca y ligera verdura; varias lindas aldeas estaban suspendidas á manera de terrados en los declives de todas las montañas que rodeaban el

valle de Deir-el-Kammar.—Por un solo lado, el horizonte se entreabria y dejaba ver, por cima de las cumbres ménos elevadas del Líbano, el mar de Siria. *¡Ecce mare magnum!*—dijo David, hé allí el gran mar azul con sus olas, y sus bramidos, y sus inmensos reptiles!—David estaba allí acaso, cuando lanzó esta poética exclamacion!—En efecto, se ve el mar de Egipto, teñido de un azul mas oscuro que el del cielo, y confundiéndose á lo léjos con el horizonte entre la vaporosa y morada bruma que vela todas las playas de esta parte del Asia. En el fondo de este inmenso valle, la colina de Dptedin, sobre la que se alza el palacio del emir, nacia y se elevaba como una inmensa torre, flanqueada de peñascos cubiertos de yedra, y dejando pender de sus hendeduras y de sus naturales almenas, penachos de verdura flotante. Aquella colina subia hasta el nivel del camino, verdadero precipicio en que estábamos nosotros suspendidos; un estrecho y rugiente abismo nos separaba de ella. En su cumbre, y á algunos pasos de nosotros, el palacio morisco del emir se estendia magistuosamente sobre toda la meseta de Dptedin, con sus torres cuadradas, horadadas con arcos diagonales almenados en su cima; las largas galerías, alzándose unas sobre otras, y presentando largas hileras de airosos y ligeros arcos, como los tallos de las palmeras que los coronaban con sus penachos aéreos; sus espaciosos patios descendian en inmen-

sos escalones, desde la cima de la montaña hasta los últimos muros de las fortificaciones; en la estrechidad del mas espacioso de aquellos patios, que veíamos á vista de pájaro, desde la altura en que estábamos colocados, la fachada irregular del palacio de las mugeres se presentaba á nosotros, adornado de ligeras y graciosas columnatas, cuyos troncos sutiles y de formas irregulares se alzaban hasta los tejados, y sostenian como un parasol los ligeros doseles de madera pintada que servian de pórtico á aquel palacio. Una escalera de mármol, decorada de balaustradas esculpidas formando arabescos, conducia de aquel pórtico á la puerta de aquel palacio de las mugeres; aquella puerta labrada, de madera de varios colores, encajada en mármol y coronada de inscripciones árabes, estaba rodeada de esclavos negros, magníficamente vestidos, armados de pistolas plateadas y de alfanges de Damasco, embutidos de oro y de cinceladuras; los espaciosos patios que hacian frente al palacio estaban llenos tambien de una muchedumbre de criados, de cortesanos, de sacerdotes, ó de soldados, con todos los variados y pintorescos trages que distinguen á las cinco poblaciones del Líbano:—El druso, el cristiano, el armenio, el griego, el maronita, el metualis.—Quinientos ó seiscientos caballos árabes estaban atados por la cabeza y los piés á unas cuerdas tendidas que atravesaban los patios, ensillados, con los frenos puestos, y cubiertos de

magníficas gualdrapas de todos colores; algunos grupos de camellos, unos tendidos, otros de pié, otros arrodillados para que los cargaran ó los descargaran; y en la azotea mas elevada del patio interior, varios jóvenes pages, corriendo á caballo unos tras de otros, se tiran el *dgerid*, se evitaban tendiéndose sobre sus caballos, volvian á todo escape sobre su adversario desarmado, y hacian, con una gracia y un vigor admirables, todas las evoluciones que ecsige aquel juego militar.

Despues de haber contemplado algunos instantes aquella escena oriental, tan nueva para nosotros, nos acercamos á la inmensa y maciza puerta del primer patio del palacio, guardada por árabes armados de fusiles, y de largas espadas semejantes á largas y flecsibles cañas.—Allí hicimos llevar al príncipe las cartas que llevábamós para él. Pocos momentos despues nos envió su primer médico, M. Bertrand, nacido en Siria, de una familia francesa y que ha conservado la lengua y el recuerdo de su patria.—Condújonos á la habitacion que nos ofrecia el emir, y varios esclavos llevaron nuestra comitiva y nuestros equipages á otra ala del palacio. Consistia nuestra habitacion en un lindo patio decorado con pilastras arabescas, con una fuente en medio, que corría en un ancho pilon de mármol; al rededor de aquel patio, tres piezas y un divan, es decir, una pieza mas espaciosa que las otras, for-

mada por una serie de arcos que se abren sobre el patio interior, y que no tiene ni puertas, ni cortinas que la cierren; es una transición entre la casa y la calle; que sirve de jardín á los perezosos musulmanes, y cuya inmóvil sombra reemplaza para ellos la de los árabes, que no tienen ni la industria de plantar, ni la fuerza de ir á buscar donde la naturaleza los ha hecho nacer para ellos. Nuestros cuartos, aunque en aquel magnífico palacio, hubieran parecido demasiado maltratados por el tiempo al mas pobre patán de nuestras cabañas; las ventanas no tenían vidrieras, lujo desconocido en el Oriente, á pesar de los rigores del invierno en estas montañas; ni camas, ni muebles, ni sillas; solo las paredes peladas, decrepitas, acribilladas de nidos de ratones y de lagartos, y por piso, tierra, rastrillada, desigual, mezclada con paja picada.

Trajeron los esclavos unas esteras que tendieron sobre aquel piso, y unas alfombras de damasco, con que cubrieron aquellas esteras; luego trajeron una mesita de Belén, de madera embutida de nácar; esas mesitas no tienen medio pié de diámetro sobre la misma elevación; parecen un fragmento de columna truncada y no pueden sostener mas que una bandeja en que colocan los musulmanes los cinco ó seis platos de que se compone su comida.

La nuestra, puesta sobre aquella mesa, se com-

ponia de un *piló* (1), de un plato de leche aceda que se mezcla con aceite, y de calabacines rellenos con pedazos de carnero picado que se machacan con arroz cocido. Este es en efecto el manjar mas apetecido y sabroso que se puede comer en todo el Oriente; por bebida, agua pura, que se bebe en unas especies de jarras de barro con largos picos, que se pasan de mano en mano y de las que se hace caer en la boca entreabierta, sin que el barro toque á los labios (2). Ni cuchillos, ni cucharas, ni tenedores; se come con las manos, pero las continuas abluciones hacen ménos repugnante esta costumbre entre los musulmanes.

Apenas acabamos de comer, el emir nos envió á decir que nos aguardaba. Atravesamos un gran patio adornado de fuentes, y un pórtico formado por altas y sutiles columnas que arrancan desde el suelo y sostienen el techo del palacio.—Introdujéronnos en una hermosísima sala cuyo pavimento era de mármol y cuyos techos y paredes estaban pin-

(1) Llamán así los turcos (á lo ménos así pronuncian esta voz) á un plato de arroz mezclado con pedacitos de carnero, que es el uso de sus manjares mas usuales y apetitosos. Permítasenos usar esta voz que los franceses han adoptado (*pilau*) y que nos evitará el repetir un circunloquio inútil.—*N. del T.*

(2) A lo que parece, los jarros que describe aquí el autor no son otra cosa mas que nuestros botijos ó alcarrazas.—*N. del T.*

tadas de vivos colores y elegantes arabescos por pintores de Constantinopla.—Varios surtidores de agua murmuraban en los ángulos de la estancia y en el fondo; detras de una columnata cuyos intercolumnios estaban enrejados y vidriados, se veia un enorme tigre, durmiendo con la cabeza apoyada sobre sus patas cruzadas.

La mitad de la estancia estaba llena de secretarios, con sus largas ropas y sus tinteros de plata metidos en el cinto á guisa de puñales; de árabes lujosamente vestidos y armados; de negros y de mulatos, aguardando las órdenes de su amo, y de algunos oficiales egipcios con chaquetas europeas y con el gorro griego de paño colorado con una gran borla azul que les cuelga hasta los hombros.—La otra estancia estaba elevada á cosa de un pié sobre el nivel de la primera, y le daba vuelta un ancho divan de terciopelo colorado, en la esquina del cual estaba sentado el emir con las piernas cruzadas.

Éra aquel un hermoso anciano de ojos vivos y penetrantes, tez fresca y animada, barba entrecana y ondeante; un ropon blanco, ceñido con un cinturón de cachemira, le cubria de piés á cabeza y el espléndido mango de un puñal salia de entre los pliegues de su ropon á la altura del pecho, y presentaba una mazorca de diamantes del grueso de una naranja.

Saludámosle á la usanza del pais, poniendo la mano primero en la frente y luego sobre el corazón; volviéonos nuestro saludo con afabilidad y sonriendo, y nos hizo señal de que nos acercáramos y nos sentáramos junto à él en el divan.—Un intérprete estaba de rodillas entre él y nosotros.—Tomé la palabra, y le manifesté el placer que experimentaba en visitar el interesante y hermoso pais que él gobernaba con tanta firmeza y sabiduría, y le dije, entre otras cosas, que el mejor elogio que podia hacer de su administracion era hallarme allí; que la seguridad de los caminos, la riqueza de la agricultura, el orden y la paz de los pueblos eran elocuentes testimonios de la virtud y de la habilidad del príncipe. Dióme las gracias, y me hizo, acerca de Europa, y principalmente sobre su lucha entre turcos y egipcios, una multitud de preguntas que manifestaban juntamente todo el interes que tenia para él aquella cuestion, y sus conocimientos é inteligencia de los negocios, poco comunes en un príncipe del Oriente. Trajeron el café y las largas pipas de costumbre, que se renovaron con frecuencia y la conversacion prosiguió por espacio de una hora.

Encantado quedé de la sensatez, las luces y los modales nobles y dignos de aquel anciano príncipe, y al cabo de una hora me levanté para acompañarle á sus baños, que quiso enseñarnos él mis-

mo. Aquellos baños consisten en cinco ó seis salas con pavimentos de mármoles, y cuyas bóvedas y paredes estaban estucadas y pintadas al temple, con mucho gusto y elegancia, por pintores de Damasco. Multitud de surtidores de agua caliente, fría ó tibia, salian del pavimento y derramaban su temperatura en las salas. La última era un baño de vapor donde no pudimos estar ni un minuto. Varios esclavos blancos, muy bizarros, el tronco desnudo y las piernas rodeadas de un chal de seda cruda, estaban en aquellas salas, prontos á ejercer sus funciones de bañadores. El príncipe nos hizo proponer que nos bañásemos con él, pero no aceptamos, y le dejamos en manos de sus esclavos, que se preparaban á desnudarle.

De allí fuimos con uno de sus escuderos, á visitar los patios y las caballerizas, donde estaban atados sus magníficos caballos padres árabes. Es preciso haber visitado las caballerizas de Damasco, ó las del emir Beschir, para formarse una idea del caballo árabe. Este soberbio y gracioso bruto pierde mucha parte de su hermosura, de su mansedumbre y de su forma pintoresca cuando se le trasplanta, de su pais natal, y de sus hábitos familiares, á nuestros climas fríos y á la sombra y soledad de nuestras cuadras. Es preciso verle á la puerta de la tienda de los árabes del desierto, la cabeza entre los brazos, sacudiendo su larga melena negra, como un parasol móvil, y barriendo sus

omos tersos como cobre ó plata, con el tornatil látigo de su cola, cuya estremidad está siempre teñida de púrpura con el *hené*; es preciso verle vestido con sus espléndidas gualdrapas, recamadas de oro y de perlas; la cabeza cubierta de una redicilla de seda azul ó colorada, ó de hilillo de oro ó con agujetas sonoras y flotantes, que caen de su frente sobre su nariz, y que cubre y descubre sucesivamente, á cada ondulación de su cuello, el globo inflamado, inmenso, inteligente, manso y altanero de sus ojos; es preciso verle, sobre todo allí, de dos á trescientos caballos; unos tendidos en el polvo del patio, otros trabados con maniotas de hierro y atados á largas cuerdas que atravesaban aquellos patios, otros escapados sobre la arena y saltando de un brinco las hileras de camellos que se oponian á sus libres carreras; estos llevados de la mano por jóvenes esclavos negros, vestidos de chaquetas de escarlata, y apoyando sus cariñosas cabezas en los hombros de aquellos muchachos; aquellos jugando entre sí, libres y sin bocado como potrillos en una dehesa, poniéndose de manos uno delante de otro, ó frotándose frente con frente, ó lamiéndose mutuamente su hermoso pelo reluciente y plateado; todos mirándonos con una atención inquieta y curiosa, á causa de nuestros trages europeos y de nuestra lengua estrangera; pero familiarizándose pronto y viniendo graciosamente á tender su cuello á nuestras caricias y á las palmadas

que les dábamos en el cuello. Es cosa increíble la movilidad y la transparencia de la fisonomía de esos caballos cuando no se ha visto: todos los pensamientos se pintan en sus ojos y en el movimiento convulsivo de sus sienes, de sus labios, de su nariz, con tanta evidencia, con tanto carácter y movilidad, como las impresiones del alma en el rostro de un niño. Cuando nos acercábamos á ellos por primera vez hacían visages y gestos de repugnancia y curiosidad en un todo semejantes á los que hubiera podido hacer un hombre de impresiones vivas á la vista de un objeto imprevisto é inquietador; nuestro language sobre todo les chocaba en extremo, y el movimiento de sus orejas aguzadas y echadas hácia atrás ó tendidas hácia adelante, manifestaba su sorpresa y su inquietud:—lo que mas me admiró fué varias yeguas sin precio, reservadas para el mismo emir. Hice proponer por mi dragoman al escudero hasta diez mil piastras por una de las mas bonitas; pero por ningun precio se le decide á un árabe á deshacerse de una yegua de primera sangre, y nada pude comprar entónces.

Volvimos al anocheecer á nuestra habitacion, adonde nos llevaron una cena semejante á la comida: varios oficiales del emir fueron á visitarnos de parte suya, y M. Bertrand, su primer médico, pasó la noche con nosotros. Gracias á un poco de italiano y de frances que habia conservado del re-

uerdo de su familia, pudimos conversar, y nos dió los mas interesantes pormenores acerca de la vida interior del emir de los drusos. Este príncipe, aunque de edad de setenta y dos años, habiendo perdido recientemente á su primer esposa, á quien debía toda su fortuna, acababa de contraer segundas nupcias: sentimos no poder ver á su nueva muger, que es, segun dicen, muy hermosa, y no tiene mas que quince años, es una esclava circasiana que el emir envió á comprar á Constantinopla, y á quien ha hecho abrazar el cristianismo ántes de casarse con ella, porque el emir Beschir es cristiano y aun católico, ó mas bien, es de todos los cultos oficiales de su pais; musulman para los musulmanes, druso para los drusos, cristiano para los cristianos. En su palacio hay varias mezquitas y una iglesia; pero hace algunos años, su religion de familia, la religion de su corazon, es el catolicismo. Su política y el terror que inspira su nombre son tales, que su fé cristiana no causa ni desconfianza ni despego á los árabes musulmanes, á los drusos, ni á los metualis que viven bajo su imperio; á todos administra justicia, y todos le respetan igualmente.

Acabada la cena, el emir nos envió algunos de sus músicos y cantores, que improvisaron versos árabes en honor nuestro. El emir tiene entre sus servidores algunos árabes únicamente consagrados á esta especie de ceremonias, que son esactamente lo que eran los trovadores de los castillos de la

edad media, ó en Escocia los poetas populares. En pié detras del almohadon del emir ó de sus hijos miéntras comen, cantan versos en alabanza de los amos á quienes sirven ó de los huéspedes á quien el emir quiere agasajar. Hicimos que nos tradujese M. Bertrand alguno de aquellos brándis poéticos, que eran en general muy insignificantes ó de pensamientos tan alambicados, que seria imposible traducirlos en ideas é imágenes apropiadas á nuestras lenguas de Europa.

Hé aquí el único pensamiento algo claro que hallo anotado en mi album:

“Vuestro bajel tenia alas, pero el caballo del
 “ árabe tiene alas tambien: su nariz, cuando vue-
 “ la por las montañas, forma el rumor del viento
 “ en las velas del buque. El movimiento de su rá-
 “ pido galope es como el balance para el corazon de
 “ los débiles; pero regocija el corazon del árabe.
 “ ¡Ojalá sean para vos sus lomos un puesto de
 “ honor y os lleven con frecuencia al divan del
 “ emir.”

Entre los secretarios del emir hallé entónces uno de los mas grandes poetas de la Arabia; yo lo ignoraba, y solo mas adelante lo he sabido. Cuando supo por otros árabes de Siria que yo tambien era poeta en Europa, me escribió versos siempre impregnados de aquella afectacion y de aquel esmerado estudio, siempre echados à perder por aquellos retruécanos que son el carácter de las lenguas y de

las civilizaciones decrépitas; pero en los que se percibe no obstante una grande elevacion de ingenio y un órden de ideas muy superior á lo que nos figuramos en Europa.

Dormimos toda la noche sobre almohadones del divan tendidos sobre una estera, al rumor de los surtidores que murmuraban por todas partes en los jardines, en los patios y en las salas de aquella ala del palacio. Cuando amaneció, ví por entre las rejas á varios musulmanes que estaban haciendo oracion en el gran patio del palacio: tienden una alfombra en el suelo, para no estar en contacto con el polvo; están un momento de pié, luego inclinan todo el cuerpo de una vez, y tocan varias veces la alfombra con la frente, siempre vuelta la cara del lado de la mezquita; luego se echan boca abajo sobre la alfombra, golpean el suelo con la frente, se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias, volviendo á las mismas actitudes y murmurando sus oraciones. Nunca he podido hallar ni aun asomos de ridiculez en esas actitudes, ni en esas ceremonias, por mas estrañas que le parezcan á nuestra ignorancia. La fisonomía de los musulmanes está á tal punto penetrada del sentimiento religioso que espresan con aquellos ademanes, que siempre he respetado profundamente su oracion; el motivo lo santifica todo. Adonde quiera que la idea divina descende y obra en el hom-